



Gaston Racine

**¿Se puede nacer  
de nuevo?**



Gaston Racine

**¿Se puede nacer  
de nuevo?**



**Peut-on naître de nouveau?**

**Gaston Racine**

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Prólogo y revisión de textos: Abigail Rodés.

Foto portada: Parc astronòmic del Montsec (Ferran Cots).

**¿Se puede nacer de nuevo?**

FC Editor (Barcelona) • ✉ [fcots.r@outlook.com](mailto:fcots.r@outlook.com)

Primera edición: abril 2024.

*Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020.*

*Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.*

Imprime:



# Índice

Prólogo	7
Introducción	9
1. La situación del ser humano	11
2. El nuevo nacimiento	17
3. La verdadera necesidad	23
Conclusión	25



# Prólogo

Nacer de nuevo no es un nacer físico sino espiritual. Se refiere a un cambio de corazón, pasando de una indiferencia total, o incluso hostilidad, hacia Dios, a un amor y devoción por él como Señor y Salvador de nuestra vida, deseando obedecerle en todo, viviendo según su voluntad, siendo y haciendo discípulos, enseñando a otros las Buenas Nuevas.

La Biblia dice que el que no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios. El sacrificio de Cristo en la cruz hace posible nuestra salvación.

La fe es necesaria para el nuevo nacimiento. Es la obra del Espíritu Santo, usando la Palabra de Dios, que nos enseña que somos pecadores y necesitamos un Salvador, Cristo Jesús.

El nuevo nacimiento no es «*de sangre*», no es «*de voluntad de carne*», no es «*de voluntad de varón*» sino por la gracia de Dios. (Juan 1:13 RVR60).

Deseamos que este libro de Gaston Racine sea una buena herramienta para entender el plan perfecto de salvación de Dios para toda la humanidad.

*Abigail Rodés*  
Abril de 2024

*Nacer de nuevo significa ser transformado  
por la intervención sobrenatural de Dios Espíritu  
Santo.*

R. C. Sproul



# Introducción

Esta cuestión es primordial, ya que la necesidad de un nuevo nacimiento para ver el reino de Dios y entrar en él es, sin duda, la enseñanza fundamental que Jesucristo trajo al mundo.

Durante una conversación privada con el fariseo Nicodemo, un jefe religioso de la época, Jesús desarrolló la doctrina de un segundo nacimiento, que no es una mejora progresiva del hombre, sino el convertirse en un nuevo ser, ya no carnal sino espiritual.

Juan, en su evangelio, nos relata esta conversación, la primera revelación escrita de la enseñanza del Maestro, que ha dado su nombre a la época actual (Juan 3:1-21).

1. Es esencial que comprendamos por qué, sin hacer distinción alguna, Jesús pone el nuevo nacimiento como condición *sine qua non*<sup>1</sup> de salvación, diciendo a Nicodemo:

*Te aseguro que el que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios (Juan 3:3).*

2. También es importante saber lo que Cristo quería decir con estas misteriosas palabras:

*Te aseguro que el que no nace de agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios (Juan 3:5).*

¿Se trata pues de una metempsicosis<sup>2</sup> cualquiera, universal, animal o humana, de una transmigración del alma de un cuerpo a otro, al estilo hindú, egipcio o de la escuela pitagórica?

---

1 ► Condición sin la cual no se hará algo.

2 ► Doctrina religiosa y filosófica de varias escuelas orientales, según la cual las almas transmigran después de la muerte a otros cuerpos más o menos perfectos, conforme a los merecimientos alcanzados en la existencia anterior.

¿Será una reencarnación progresiva, estacionaria o expiatoria, a la manera espiritista?

¿O, según la enseñanza apostólica, Jesús consideraba realmente una regeneración operada en la vida presente por el poder de Dios, la restitución de lo que había sido destruido en el hombre, mediante el arrepentimiento del pecador y su fe en la persona y la obra de Jesucristo?

**3.** Finalmente será útil para todos examinar cómo se realiza este nacimiento del agua y del Espíritu y cuáles son las consecuencias para la vida humana.

# La situación del ser humano

1

---

## Ignorancia y confusión

---

Si ya hemos subrayado que el nuevo nacimiento es la doctrina cristiana por excelencia, debemos señalar, sin embargo, que es poco conocida incluso por aquellos que todavía llevan el buen nombre de cristianos. Muy a menudo, por desgracia, nada los diferencia de los pecadores de antaño, excepto que hoy cada vez más cometen actos reprobables a plena luz del día, que antes se hacían en la oscuridad.

Después de veinte siglos de cristianismo, reina la mayor confusión en el ámbito religioso. Basta nacer en una familia bautizada para recibir el nombre de cristiano, así como basta que otros nazcan en un hogar israelita para ser judíos, en un gourbí<sup>1</sup> árabe para ser mahometanos, en un hogar hindú para ser hinduistas o budistas.

---

## Los errores y pecados de la cristiandad

---

El cristianismo se ha convertido en una religión, que heredamos de nuestros padres, del mismo modo que los musulmanes y otras razas heredan las creencias de sus antepasados. Así los seres que no pidieron venir al mundo serán enseñados automáticamente en el rito romano si nacen de padres católicos, en el rito griego si nacen de una pareja ortodoxa, en el protestantismo si vienen de una pareja luterana, reformada o evangélica. Sin quererlo, mediante la educación y la instrucción recibidas en el círculo donde nacen, los hombres se encuentran colocados en campos opuestos entre sí, mientras afirman ser del mismo Señor.

Llenos de prejuicios hacia los demás creen, a menudo sin examen, que todo lo que no procede de su entorno es ajeno a su religión, o es necesi-

---

1 ► Chabola o cabaña en los países musulmanes del norte de África.

riamente contrario a ella. Entonces, para defender una religión que creíamos amenazada en sus intereses o en su doctrina, ¿qué no hemos hecho en nombre de Dios? No nos detendremos aquí en las guerras de religión que han ensangrentado la historia de la llamada Iglesia cristiana.

Basta pensar en esas oleadas de antisemitismo, antiguas o modernas, que arrasaron los países cristianizados, o en esas cruzadas de las que a veces se enorgullece el cristianismo, para reconocer que, con demasiada frecuencia, los cristianos han traicionado a Jesucristo, el Maestro que atacado se negó a defenderse y condenó en estos términos la intervención armada de su apóstol:

*Envaina tu espada, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán (Mateo 26:52).*

---

### **¿Hay algún remedio efectivo?**

---

¿Cómo no entender a todos aquellos que hoy creen que tales escándalos han durado lo suficiente y que, ante la amenaza del materialismo ateo, abogan por una amplia alianza de religiones monoteístas, todas reivindicando, en cierto sentido, un padre común?

A través de Ismael, el hijo de la sierva, ¿no descienden los musulmanes de Abraham?

A través de Isaac, el hijo de la mujer libre, ¿no tienen los judíos por padre al mismo Abraham?

Y, finalmente, por su fe en Jesucristo, ¿no son los cristianos espiritualmente hijos de Abraham?

Los propios acontecimientos actuales demuestran cuán utópico es este sueño: el odio entre árabes e israelíes se está volviendo más implacable, la brecha entre musulmanes y cristianos no hace más que crecer.

Por otra parte, ¿para qué serviría tal unión si no tuviera otro objetivo que la resistencia armada contra las potencias ateas? Pase lo que pase, las llamadas comunidades cristianas deben primero darse cuenta de su unidad y recordar que Jesucristo le había dado a su Iglesia otras armas diferentes a la bomba H, para progresar, mantenerse firme o resistir.

*Las armas con las que luchamos —decía el apóstol Pablo— no son las de este mundo, sino poderosas de parte de Dios para la destrucción de fortalezas, pues destruyen razonamientos falaces y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevan cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Corintios 10:4-5).*

---

## Un recordatorio necesario

---

Finalmente, debemos recordar que los adversarios de la religión no siempre son enemigos del Evangelio. Demasiados hombres han sentido repulsión por las inconsistencias de los cristianos, y si lo han rechazado todo es porque han identificado a Dios con la religión cuyos abusos e infidelidades les han provocado náuseas.

Por eso debemos señalar que el cristianismo, incluso considerado como una religión superior a todas las demás, no es capaz de mejorar al ser humano y transformar el mundo. Además, no es esa la misión del evangelio (Mateo 28:19-20).

La unión de las religiones, por tanto, no cambiaría al ser humano, ya que todo el mundo sabe que en todos los países personas de la misma fe matan, roban y provocan mil daños a sus correligionarios. Debemos reconocer que en un país cristiano ni siquiera el bautismo, administrado por un sacerdote, un pope<sup>2</sup> o un pastor, impedirá que alguien muera en el cadalso o termine sus días en trabajos forzados por haber matado a su prójimo.

Este bautismo, al igual que la comunión, no impedirá que alguien robe a su prójimo, que engañe a su mujer, o que una mujer engañe a su marido. Si esto es así, es porque todos los seres humanos nacen de la carne; todos poseen la misma naturaleza, cualquiera que sea su raza, color, religión y lengua.

Esta afirmación de las Escrituras:

*... por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23)*

queda, por tanto, confirmada por hechos precisos.

---

2 ► Sacerdote de la Iglesia ortodoxa griega.

---

## La necesidad de una nueva vida

---

Todos, musulmanes, judíos, católicos, ortodoxos, protestantes, cualquiera que sea la denominación a la que pertenezcan por nacimiento, todos sin excepción necesitan una nueva vida si quieren ver el reino de Dios y entrar en él.

Y esta vida nueva, la vida misma de Dios, que nos hace partícipes de su naturaleza e hijos de su reino, Jesús afirmó haber venido para traerla al mundo. No presentó su doctrina como un conjunto de dogmas y principios rígidos, sino como una vida, su propia vida.

Ningún Maestro antes de él habló tal lenguaje, ni los moralistas griegos o romanos, ni los rabinos de Judea, ni ningún filósofo o reformador. No se trata de abstracciones vacías ni de preceptos rígidos, sino de palabras vivificantes que traducen los hechos más profundos de la conciencia y que sólo la conciencia puede verificar si tiene el coraje de experimentar a Dios en la fe y en el sacrificio.

Un auténtico cristiano es, por tanto, una persona que no sólo tiene la doctrina evangélica, sino también la vida de Jesucristo, obtenida por el nuevo nacimiento. A partir de ahora, el creyente ya no está regido por los principios del mundo, ni por la izquierda, ni por el centro, ni por la derecha.

Ya no es, como dijo el apóstol Pablo, presa de la filosofía o de un vano engaño basado en la tradición humana, en los rudimentos del mundo y no en Cristo (Colosenses 2:8). Ahora está en Cristo y ve todas las cosas a través de aquel en quien habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad (Colosenses 2:9).

---

## La gran pregunta

---

¿Puede alguien nacer de nuevo? Si Jesús dice que es necesario, es ciertamente porque quiere hacerlo posible. Jesús, cuya mirada leía hasta lo más profundo de los corazones, no discutió extensamente con Nicodemo todas las cuestiones que podían agitar el alma indecisa del doctor de Israel. No da vueltas en círculos, sino que muestra a su interlocutor y, a través de él, a todas las personas atribuladas por problemas interiores o

exteriores, que el nuevo nacimiento es el único camino hacia la salvación.

Según Jesucristo, sin este nuevo nacimiento espiritual el significado profundo de las cosas terrenales y celestiales permanecerá oculto a los sabios e inteligentes de este mundo, ya que, como dijo Pablo:

*... nadie conoce las cuestiones propias de Dios, sino el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:11).*

Por tanto, todo seguirá siendo un problema para el ser humano natural: la vida, la muerte, el mal, el sufrimiento, las injusticias, el pasado, el presente y el futuro. No discierne ni los caminos ni los pensamientos de Dios porque permanece voluntariamente ajeno a su vida.

Puede ser religioso, honesto y virtuoso, pero aun así queda fuera del reino de Dios. Podemos comprender que tales afirmaciones desconcertaran y chocaran frontalmente con todos los prejuicios de Nicodemo.

---

### **¿A quién hablar del nuevo nacimiento?**

---

¿Hablar del nuevo nacimiento a un pagano, a los pecadores? ¡Por supuesto! Pero Nicodemo, teólogo, verdadero hijo de Abraham, israelita de pura raza, fariseo celoso, ¿qué necesidad tenía de una transformación? ¿No era digno del reino de Dios, por su sangre, su fe, sus mismas obras y su fidelidad?

Y, hoy en día, ¿cómo nos atrevemos a hablar de nuevo nacimiento a personas que llevan el nombre de cristianos? ¿A personas que llevan mucho tiempo bautizadas y catequizadas?

Creemos que el amor a Dios y al prójimo debe darnos esta audacia, porque hoy el testimonio y la triste existencia de muchos cristianos prueban que viven como si Jesús no hubiera venido o no hubiera hecho nada positivo para su salvación presente y eterna.

Sí, debemos hablar del nuevo nacimiento a estas multitudes de hombres y mujeres que ya no conocen el significado del nombre que aún llevan, este buen nombre de cristianos, dado por primera vez en Antioquía a los discípulos de Jesús (Hechos 11:19-26).

Aquellos hombres habían oído y creído el evangelio y se convirtieron al

Señor. No habían nacido cristianos, se habían convertido en ello (Hechos 26:28). Habían cambiado de vida y pronto experimentarían el sufrimiento que este nombre trae a quienes quieren caminar aquí en la tierra como caminó Cristo (1 Pedro 4:16).



---

## Antes de ser es necesario nacer

---

Fijémonos ahora en las enseñanzas del Maestro y veamos qué quiso decir con estas expresiones: «nacer de nuevo» y «nacer de agua y del Espíritu».

Hay dos reinos, uno visible y otro invisible. A través de la generación natural entramos en el reino del mundo sobre el cual gobierna Satanás, el adversario de Dios. Nos guste o no, desde la caída de la primera pareja, no estamos en el reino de Dios desde nuestro nacimiento, sino que entramos y nos movemos en una esfera opuesta a Dios, con una naturaleza rebelde a él y a sus leyes.

El apóstol Pablo dice que, en este estado

*... el dios de este mundo les cegó el entendimiento, para que no resplandezca en ellos la luz del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios (2 Corintios 4:4).*

Al afirmar la necesidad para todos de este nacimiento del agua y del Espíritu, Jesús destruye al mismo tiempo este edificio de virtudes, de obras, de observancias legales, por el cual la propia justicia de todos los tiempos cree poder subsistir ante Dios. Ya no se trata de hacer, sino de ser, y antes de ser hay que nacer.

Por tanto, es en vano que el ser humano busque alcanzar algo más allá de sí mismo, o encontrar una salida contando con los demás. Carece de fuerzas y todos son pecadores. No se trata de que el hombre mejore, sino de que reciba un espíritu nuevo y un corazón nuevo (Ezequiel 36:26-27). Y para ello debemos renacer por una intervención sobrenatural de la gracia y el poder de Jesucristo.

¿De qué manera?

---

## ¿Qué es un nacimiento?

---

En realidad es una vida que sale de otra vida, un ser que sale de otro ser. Así, a través del nacimiento físico, salimos del vientre de nuestra madre. Seres de carne, venimos de la carne y, lo sabemos bien, esta carne se encamina hacia la muerte, porque los elementos que la componen han sido todos tomados del polvo y al polvo regresarán (Génesis 3:19).

Ahora bien, este cuerpo de carne está animado por un espíritu inmortal que permanece allí por un tiempo y luego regresa a Dios que lo dio (Eclesiastés 12:7).

Pero hemos de dejar claro que la distinción que hacen las Escrituras entre el espíritu, el alma y el cuerpo, de ninguna manera destruye la unidad del hombre (1 Tesalonicenses 5:23). Lo mismo ocurre con la unidad de Dios que no es aniquilada por las tres personas que la Palabra inspirada nos revela en él (1 Corintios 8:4. 2 Corintios 13:14).

No somos un cuerpo, pero tenemos un cuerpo que habitamos. A través de nuestros ojos vemos, a través de nuestros oídos oímos, a través de nuestra lengua nos expresamos, trabajamos con nuestras manos. Pero no somos nuestros órganos, ni nuestros miembros. Somos dueños de ellos, un día los dejaremos. Así el ser humano no queda enterrado bajo los escombros de su morada terrenal.

Pero esta alma, que por un tiempo anima nuestro cuerpo de carne, se rebeló contra Dios, toda la historia del mundo es prueba irrefutable de ello. Sí, el alma humana, en rebelión contra su Creador, ha perdido todos los beneficios de su inefable presencia.

Por tanto, si durante su estancia aquí abajo, el espíritu del ser humano no se deja iluminar, vivificar, liberar, si no se produce una reconciliación con Dios, permanece bajo el imperio de la carne a la que se sometió, cegado y oscurecido.

Cuando al morir sale de las tinieblas interiores, es para entrar en las tinieblas exteriores, en una separación eterna de Dios, única fuente de vida, luz y amor.

Y nada en la Biblia sugiere siquiera que la reconciliación sea posible en el más allá. Es ahora, durante nuestra vida terrenal, cuando se nos ofrece la salvación y podemos recibir el perdón de nuestros pecados y la vida eterna.

---

## El nuevo nacimiento

---

Pero entre la carne y el Espíritu hay un abismo. El Espíritu puede ser derramado sobre la carne, pero la carne no puede por sí sola elevarse al Espíritu. Separado de Dios, espiritualmente muerto, el ser humano no es más que carne (Génesis 6:3).

Así que, después de su nacimiento terrenal, debe experimentar un segundo nacimiento sin el cual su alma, sujeta a la vida carnal y al dominio de Satanás, camina en sus errores y en sus pecados (Efesios 2:1-3).

Este nacimiento desde lo alto se produce al escuchar la Palabra de Dios y a través de la acción poderosa del Espíritu Santo. Misterioso, libre como el viento, el Espíritu sopla donde quiere. Sólo él es capaz de reprendernos, transformarnos y realizar en nosotros la redención por la obra de Cristo, transportándonos del reino de las tinieblas al reino de Dios (Colosenses 1:12-14).

Su primera acción consiste en convencer a los pecadores y conducirlos, a través de la Palabra, a reconocer la necesidad de morir a esta vida de la carne, antes de que se produzca la muerte del cuerpo.

El Espíritu Santo, no se ocupa de mejorar la vida de la carne, sino que la conduce al juicio y a la muerte para hacernos renacer a su vida, restableciendo así nuestra relación con Dios y restaurando en nosotros su imagen por la acción santificadora de la Palabra (2 Pedro 1:3-4).

Se trata, pues, de una regeneración que las epístolas del Nuevo Testamento siempre atribuyen a la doble acción de la Palabra de Dios y del Espíritu Santo (2 Corintios 5:17).

---

## El ejemplo del grano de trigo

---

Un ejemplo de la naturaleza nos ayudará a comprender mejor cómo puede surgir nueva vida de la muerte. Toma un grano de trigo y guárdalo con cuidado en una caja de terciopelo. En un año encontrarás tu grano de trigo intacto, pero solo. Tómalo ahora, y ponlo en la tierra. Seguramente no encontrarás tu grano de trigo, sino treinta, sesenta o cien granos similares en la espiga que nació de aquel grano.

Jesús dijo de sí mismo:

*Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, seguirá siendo un único grano, pero si muere produce mucho fruto (Juan 12:24).*

Pero, ¿cómo morir? De que muerte se trata, ya que no puede ser cuestión de la muerte del cuerpo, lo que nos conduciría directamente al juicio, como dice la Escritura:

*... está establecido que todos los seres humanos mueran una sola vez, y después de esto el juicio... (Hebreos 9:27).*

No se trata pues de una reencarnación progresiva. Aquí abajo el hombre muere una vez. La Biblia no enseña en ninguna parte sobre la reencarnación.

Lo que establece inequívocamente es la resurrección, tanto de justos como de injustos, unos para vida eterna y los otros para oprobio y vergüenza eterna (Daniel 12:2. Juan 5:28-29).

Por tanto, el suicidio no ofrece ninguna solución a quienes desean cambiar de vida. Al contrario, mientras los suicidas esperan la resurrección y el juicio, la muerte los mantiene en el estado del que querían salir. La muerte de la que nos habla la enseñanza de Jesús es una muerte a nosotros mismos.

Se trata, pues, de morir antes de nuestra muerte, de morir en vida, para dejar que otra vida arraigue en nosotros y produzca fruto para Dios en nuestra carne mortal, antes de la muerte de nuestro cuerpo (Lucas 9:23-24).

El nuevo nacimiento es una vida que surge de la muerte, pero de la muerte de otro, de la muerte de Jesucristo (2 Corintios 4:10-12). Sin embargo, Jesús no es un teórico. Lo que él manda, él lo da.

Si podía decirle a Nicodemo que sin un nuevo nacimiento nadie podría ver el reino de Dios, hablando de él mismo, inmediatamente añadió:

*Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo único para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3:16).*

Con estas palabras anunció su muerte voluntaria y expiatoria, la muerte del grano de trigo del que brotarían otras vidas nuevas, vidas cuyo

germen se conformaría a la suya. Y así un día, en la gloria, Cristo podrá presentar a su Padre vidas perfectamente semejantes a la suya.

---

### Una fe viva

---

Pero, para que la muerte y resurrección de Cristo, para que las grandes obras realizadas en él, y por él, se reproduzcan en nosotros, necesitamos nuestra participación, que se manifiesta en una fe viva, por una adhesión del corazón, que se identifica con Cristo en la muerte al pecado y en su vida para Dios.

Si recibimos a Jesús por fe, si creemos en él, él mismo realiza esta obra maravillosa en nosotros. Uniendo su destino al nuestro, Cristo sufrió por nosotros la condenación y la muerte que merecían nuestros pecados; pero, teniendo vida en sí mismo, después de haber sufrido la muerte y el juicio, resucita y nos hace vivir de ahora en adelante con su vida (Romanos 5:6).

El apóstol Pablo se hace eco de esta bendita experiencia cuando exclama:

*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).*

Así termina el esfuerzo doloroso e infructuoso del ser humano y cesa la vida de maldición bajo una ley que la carne no puede cumplir (Romanos 7). Desde entonces comienza en paz con Dios este abandono diario de todo el ser a la vida de Jesús, quien manifestará en nuestra carne mortal el fruto del Espíritu:

*... amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza... (Gálatas 5:22-23).*

Regenerados, no por semilla corruptible, sino por semilla incorruptible, por la Palabra viva y permanente de Dios, se nos da un nuevo entendimiento de las cosas de Dios y de las cosas del mundo. Dios ya no es acusado, sino adorado, amado y obedecido. Por tanto, es fácil comprender el misterioso significado de las palabras de Jesús: «nacer de agua y del Espíritu». Si, como hemos visto, «nacer» puede significar «salir de», se trata

para nosotros, si queremos renacer, de salir del agua que es la Palabra y el Espíritu. Para salir del agua, debemos haber entrado en ella. Entrar en esta agua es creer en la Palabra. Es morir, y esta muerte está simbolizada por el bautismo, la inmersión del creyente que confiesa haber renunciado a su vida, esta vida que provocó la muerte de Cristo.

Al aceptar a Jesucristo, el creyente se encuentra bautizado en su muerte, cuyo símbolo es el agua. Pero así como Cristo resucitó de entre los muertos, el neófito que sale del agua testifica que de ahora en adelante, por la fe viva, por el poder del Espíritu Santo, caminará en novedad de vida. Así, sólo Jesucristo, a través de su muerte y resurrección, ofrece al ser humano la posibilidad de morir aquí en la tierra a su vida de pecado y vivir de ahora en adelante, en su cuerpo mortal, una vida eterna.

Así como Noé, habiendo creído en la Palabra de Dios, atravesó las olas del diluvio en el arca, así el cristiano, refugiándose en Cristo, atraviesa la muerte y el juicio divino para comenzar una vida donde las cosas viejas han pasado y donde todas las cosas son hechas nuevas. Por eso el apóstol Pedro puede escribir:

*Así que amaos unos a otros entrañablemente, con corazón puro, pues habéis nacido de nuevo, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre (1 Pedro 1:22-23).*

---

## Un encuentro real

---

Amigos, ¿habéis conocido alguna vez a aquel que es el único que puede mostrarnos el reino de Dios y llevarnos a él? Encontrarlo es ver claramente en nuestra vida y descubrir nuestra naturaleza pecaminosa, a la luz de Cristo sin pecado.

Es oírle decirnos: *¡Arrepentíos, porque vuestras obras son malas!* Muchos de vosotros tenéis hábitos religiosos, gestos de piedad. Algunos todavía recitáis vuestras oraciones, os confesáis y comulgáis. Sin embargo, ¿habéis cambiado vuestra vida? ¿Habéis nacido de nuevo? Si habéis conocido a Cristo, ¿qué le dijisteis? ¿Qué le habéis confesado?

---

## Confesiones estériles

---

Si a veces las confesiones al sacerdote, al pastor o a los hermanos son tan estériles y rechazadas, no creamos que es porque tenemos siempre lo mismo que decir; es, en realidad, porque sólo decimos cosas insignificantes.

Solemos contentarnos con todo lo que poco importa, con un pequeño estribillo de los pecados cometidos desde pequeños... que seguiremos cometiendo y confesando de nuevo, sin siquiera creer que algún día seremos liberados.

No confesamos lo que realmente nos atormenta, nuestras verdaderas preocupaciones, nuestros estados de ánimo más profundos. Nos guardamos celosamente nuestro problema, ese que nos roe, nos paraliza y asfixia nuestra vida espiritual, sin que tengamos ganas de resolverlo.

Incluso ante Dios, rara vez nos acusamos de no haber sabido aceptar nuestra vida, nuestra familia tal como es, nuestra situación económica, nuestra edad, nuestro aspecto físico, nuestra enfermedad. No confesamos

nuestras revueltas, nuestros desalientos, las malignas tristezas que mantenemos, nuestra terrible falta de fe y de esperanza que hace que, cuando oramos, ya sabemos que nada cambiará.

Demostramos así que no esperamos nada de Dios y que nos resignamos a seguir siendo tan mediocres, tan tristes, tan malos y tan pobres como somos, por que en el fondo no queremos cambiar.

---

### **Nuestra verdadera necesidad**

---

Si hubieras conocido a Cristo, si te hubieran dicho que él pasaba, que podías presentarte ante él, ¿qué le habrías dicho? ¿Qué le habieras preguntado? ¿Qué curaciones le habieras pedido? ¿Qué milagros? ¿Qué cambio de alma, de vida, de corazón habieras implorado? Probablemente no le habrías dicho nada de lo que dices en tus oraciones ordinarias, ¡ninguna de las viejas fórmulas te habría servido!

Al verlo, un nuevo grito habría brotado de tu corazón, se habría abierto la verdadera herida de tu ser y te habrías sentido arrancado de ti mismo; no podrías evitar pedirle lo único importante: creer en él, amarlo, vivir en su amor y según su voluntad.

Y aunque no lo hubieras conocido de antemano, ni sabido lo que debías pedirle, en cuanto lo conocieras, en cuanto lo vieras, habrías comprendido lo que te faltaba: él, como el amado de tu alma, él, el Ser inefable del que ya no puedes prescindir. Entonces tu alma habría rebotado de alegría, de certeza y de fe.



## Conclusión

Amigo, Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. Viene al encuentro de quienes lo buscan. Si sabes detenerte y recogerte ante él, te revelará lo que has sufrido hasta ahora, lo que tanto has echado de menos: él, su plenitud.

Obviamente sin esto, es decir sin él, tu vida está vacía y debes llenarla de algo, aunque sean pecados; pecados que no te importan tanto, de los cuales no estás tan orgulloso después de todo, pero debemos llenar este terrible vacío. Debemos ocupar nuestro tiempo. ¿Qué tendrías en tu pobre vida si no tuvieras tus pecados? ¿No es eso lo único sólido a lo que te aferras?

Pero un encuentro con Jesús te revela, como a los primeros discípulos, la grandeza de su gracia y despierta en ti un amor que llena y transforma tu vida. Si pudieras creerte sostenido, acompañado, lleno de tal amor, entonces tendrías todo lo que necesitas. Ya no necesitarías pecar, ya no querrías pecar. ¡Serías tan feliz así!

Ferran Cots editor • Barcelona



**... el que no nace  
de nuevo no puede  
ver el reino de Dios  
(Juan 3:3)**

**FC**  
EDITOR

